

JORGE QUINTANA

*Los escritores que dicen que no se inspiran
en nadie mienten, pero hacen bien en hacerlo:
así se ahorran un montón de problemas.
El privilegio del escritor es que puede ajustar
cuentas con sus semejantes gracias a su libro.
La única regla es no citarlos directamente.
Nunca por su nombre:
es una puerta abierta a denuncias y tormentos.
Marcus, no escriba más que ficción.
El resto sólo le traerá problemas*

*(Joel Dicker,
La verdad sobre el caso de Harry Quebert)*

Prólogo

Madrid. Domingo, 12 de julio de 2005

El doctor Laureano Ríos abrió el congelador y sacó una bolsa de sangre. En ese momento, el primer rayo de luz del día entró por la ventana e iluminó su cara. El médico respondió con una sonrisa. Durante unos segundos cerró los ojos y se dejó acariciar por el sol sin pensar en nada ni en nadie. La máquina que tenía en la mesa de su despacho, la infalible ACP 215, rompió ese efímero momento de paz con un desagradable pitido que le recordó que ya estaba lista para el trabajo. Y él también debía estarlo, así que volvió a la realidad y empezó con el proceso de descongelación. En apenas unos minutos habría finalizado con la última de las bolsas. Un esfuerzo más y por fin podría echarse a dormir.

Laureano odiaba esos interminables fines de semana en los que se le amontonaban el trabajo y el estrés. El lunes era día de descanso en el Tour de Francia y todo el mundo quería llevarse las bolsas de sangre descongeladas el domingo por la mañana. Desde su clínica de Barcelona hasta la frontera francesa había un largo camino en coche, sobre todo pensando que habitualmente los correos que se encargaban del transporte preferían cruzar los Pirineos por Huesca. La mayoría optaba por carreteras secundarias y, al mismo tiempo, lo más alejadas de los hoteles donde se alojaban los equipos participantes en la principal carrera ciclista del mundo. No había que despertar ninguna sospecha. Ya habría tiempo para acercarse a los clientes, aunque para esa fase final del transporte era mejor contar con la protección de la noche.

Pero para que toda aquella operación fuera posible, alguien debía tener el talento de convertir el líquido en sólido y, posteriormente, devolver el sólido congelado a su estado líquido natural. Y para eso estaba él, siempre él, sin dormir más de una decena de horas en los dos últimos días y atiborrado de tazas de café para intentar mantenerse alerta. El deporte mundial pasaba por sus manos. Lo sabía y ésa era una parte fundamental de la energía que le hacía seguir trabajando, incluso por encima de cualquier límite humano. En realidad, lo hacía impulsado por la sensación de poder, de manejar los hilos de cualquier competición que se disputara en cualquier país del mundo... pero también lo hacía por dinero. No había espacio para el romanticismo.

A esas horas del día, el médico se movía con lentitud, con la torpeza propia del que lleva demasiadas horas sin descansar, sin la posibilidad de dormir de un tirón y sin una correcta alimentación. Laureano sólo tenía tiempo para las bolsas de sangre que, una vez descongeladas, debían esperar pacientemente en la nevera a que uno de los correos viniera a por ellas y se las llevara directamente hasta Francia. Esa semana había anulado las citas para extraer sangre a sus clientes de otros deportes. Todo quedaba aplazado hasta que tuviera organizados los envíos de las bolsas del Tour. Las demás competiciones y los demás deportistas debían esperar. Él sabía que ahora era el momento de los ciclistas y no podía fallar porque estaba en un fin de semana decisivo. El líder de la carrera necesitaba su bolsa para afrontar con garantías las dos etapas de los Pirineos y era un cliente muy especial, con derecho a usar la máquina de congelación, una posibilidad que no ofrecía a todos sus deportistas, porque el sistema era caro y difícil de manejar.

En su jerga particular, Laureano Ríos llamaba a sus clientes VIP el club del kilo, puesto que cada uno de los diez deportistas que tenían derecho a usar la ACP 215 pagaba 100.000 euros anuales por ese servicio tan especial, lo que le debía suponer un ingreso de un millón de euros al final del año. La gran ventaja de la máquina de congelación es que permitía sacar sangre en cualquier momento de la temporada y guardarla durante años. Como tantos otros avances científicos, el invento había sido pensado por y para el ejército estadounidense. Los soldados americanos se hacían extracciones antes de viajar a una zona de guerra y así se garantizaban que siempre habría reservas de sangre para ellos en el hipotético caso de que tuvieran que ser operados de urgencia. Sus deportistas no tenían miedo a intervenciones quirúrgicas, ni asumían el riesgo de pisar una mina en mitad del desierto, pero sí necesitaban de esa sangre para batir a sus rivales.

De repente, el doctor sintió una fuerte vibración en el bolsillo de su camisa. Durante un segundo no entendió qué podía estar ocurriendo. Laureano no estaba preparado para que su móvil empezara a funcionar antes de las siete de la mañana y, como es lógico, se sobresaltó con la llamada. Tras asimilar que era su teléfono, lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Lo primero que vio con alivio fue el nombre del autor de la llamada. Era su amigo del alma, un preparador físico que con el paso de los años se había terminado convirtiendo en su socio y, sobre todo, en su

confesor dentro de un negocio tan lucrativo como estresante.

–Hola, madrugador. ¡Menudo susto me has pegado! –dijo Laureano Ríos.

–Hola, jefe. ¿Qué tal? Voy hacia el aeropuerto, ya sabes para qué, así que no te daré ninguna pista por teléfono.

–Sí, sí, lo recuerdo perfectamente –zanjó el médico.

–Lo estuvimos hablando ayer por la tarde y lo dejamos muy claro, así que no hay nada que discutir sobre eso. Sin embargo, he pensado en llamarte para comprobar cómo había ido la noche. Sé que este fin de semana es de los más duros del año, pero también me imaginaba que si me contestabas al teléfono, era porque todavía estabas operativo. Y si no lo hacías, es que te habías ido a dormir un rato. Pues eso, ¿cómo ha ido la operación?

–Estoy reventado. Ya sabes cómo funciona este negocio tan particular al que nos dedicamos.

–Sí, sí, ya sé cómo va. Además, desde aquí se oye perfectamente cómo trabaja la máquina del despacho, así que no necesito más detalles. Ya veo que aún te pillo con las manos en la masa. Hoy se te ha hecho especialmente tarde.

–Sí, sí... ya la he puesto en marcha y está a pleno rendimiento. Pero lo que te decía: estoy reventado. Aquí todo el mundo se pasa el día durmiendo a pierna suelta, desde el primer deportista hasta el último político y si no es por mí y por mis noches de insomnio, no ganamos una puta medalla y no vendemos ni un periódico deportivo. Pero así es la vida, amigo Sancho. Unos cardamos la lana y ya verás como otros se llevarán la fama.

–Sí, así es –dijo en tono complaciente el interlocutor.

–Bueno, aprovecho que me has llamado y te cuento. En fin, te digo lo del chiste famoso: tengo una noticia mala y una buena. ¿Cuál quieres escuchar primero?

–La mala, por supuesto.

–Pues la mala es que ahora mismo me gustaría enviarlo todo a tomar por culo e irme a dormir y lo que esté hecho, hecho está. Y lo que no, pues que se jodan. La parte buena es que ya sólo me falta una, la del *number one*. Y ya sabes que esa bolsa la acabo como sea.

–¿Sólo te queda una bolsa de calamares?

–Sí, una bolsa por descongelar es lo único que me queda para rematar la faena y, además, es la del *number one*. Bueno, ya sabes que el

number one es para nosotros el seis. Coño, espera un momento –dijo Laureano.

–¿Qué pasa?

–Pues que he sacado los calamares del *number one* y ahora no tengo claro si en la etiqueta pone seis o nueve. ¡Me cago en la puta! A ver si no es la suya y metemos la pata.

–A ver, Laureano, tranquilízate... Si quieres te llamo luego no sea cosa que aún la liemos. Te voy a dejar y hablamos dentro de un rato. No te pongas nervioso, amigo.

–No, no, espera. Esto lo soluciono yo. Pero es que ahora mismo no lo sé. Me duele la cabeza, estoy cansado y de repente me ha entrado una duda muy grande. Es un seis pero podría ser un nueve. Depende de cómo ponga la bolsa. Coño, esto no me había pasado nunca. Voy a tener que mirar el estadillo del arcón y ver la fecha de extracción, porque si me equivoco...

–Ya sé, ya sé... lo que puede pasar si te equivocas, pero eso ni lo pienses. Mira, tú tranquilo, que de esto sabes un huevo. Relájate y seguro que encuentras una solución. Ahora no lo ves por el cansancio y porque te has ofuscado. Pero relájate un segundo y verás cómo sabes darle la respuesta correcta.

–Sí, supongo que sí. Estos cabrones empiezan a llegar a partir de las ocho y media, así que aún tengo tiempo para pensar. Además, creo que el seis y el nueve nunca han venido juntos. En teoría, no debe ser difícil ver quién es el propietario de esta bolsa. Estoy mirando la bolsa otra vez y el número me parece un seis pero no estoy seguro al ciento por ciento. Afortunadamente, también está escrita la fecha de extracción de la bolsa. Así que voy a comprobarlo. A ver, a ver... sí, aquí está: la bolsa la sacamos el 10 de diciembre del año pasado. Ahora miro quién vino ese día a la clínica y ¡bingo!

El timbre del piso interrumpió por un segundo la conversación.

–Oye, ahora sí que te dejo. Veo que incluso te llaman a la puerta y vas a ir liado. Joder, esos que te llaman deben ser de SEUR 8, porque llaman a recoger el pedido bastante antes de las ocho de la mañana –le dijo de nuevo su amigo riéndose.

–No, espera. Será solo un momento. Supongo que debe ser el correo del sur. Ése siempre es el más madrugador, así que espera un segundo porque le doy su bolsa y seguro que se larga en un minuto. Además, quería comentarte... algo... un poco delicado.

CUERVOS Y PALOMAS

–Dime, dime... ahora no me dejes a medias.

–Verás, es por tu viaje. El tema es que si tu amigo no nos paga, no quiero que sigas visitándole. Pero sería mejor que lo hablásemos con el teléfono que acaba en 34. Ya sabes que para algunas conversaciones es más seguro que éste por el que estamos hablando ahora. Un segundo y abro –dijo Laureano sin dejar de andar ni un solo momento por su clínica hasta llegar a la puerta de entrada.

El doctor ni siquiera tuvo la precaución de detenerse un segundo ante la mirilla de la puerta para mirar quién esperaba al otro lado de la puerta. Simplemente abrió y se encontró frente a él con tres agentes de la UCO, la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil.

–Buenos días –dijo a modo de saludo el que a todas luces parecía el jefe–. ¿Es usted el doctor Laureano Ríos?

–Sí, sí... –balbució el médico sin reponerse de la impresión de ver a tres policías ante la puerta de su casa.

–Está usted detenido por un delito contra la salud pública. Por favor, deme ese teléfono móvil.